

ARTE, CONTEMPLACION E INTERES HUMANO

Palabras para la inauguración
de la "concha acústica" del
Municipio de Ponce.

Hay que felicitar a la ciudad de Ponce, a sus ponceños industriales y señoriales, al Municipio de Ponce y a su noble Alcalde don Andrés Grillasca, por este gesto de audacia e inventiva, por este acto de fe, que representa la "concha acústica". Mucho nos hemos dolido en el pasado de nuestra falta de interés en un teatro de naturaleza, en un teatro al aire libre, en un teatro de feria. Nos parecía imposible, que en un país, donde los escenarios naturales son tan generosos, la atmósfera tan diáfana, la tradición de las artes dramáticas transeúntes tan genuína, el teatro siguiera aferrado a los espacios cubiertos. El diseño de Carlos A. Fitzpatrick ha sabido aprovecharlo todo: el cielo paternal y vivo, la naturaleza múltiple y lujosa, y esta construcción que parece dispuesta a levantar el vuelo, para caminar junto al hombre, hacia un nuevo tiempo. Pero también he hablado de un acto de fe.

.....

Creer hoy en el arte, se considera, una especie

de incapacidad en el entender de la vida moderna. Se arguye que el hombre de acción le ha impreso tal vértigo a las existencias, que apenas tiene tiempo para descubrir las esencias que emanan del fondo del ser.

Las tres vías de comunicación más perfectas que tenía el hombre para enfrentarse con los objetos naturales, eran, la religión, la filosofía y el arte. El predominio de la ciencia, y de su hija predilecta, la acción, logró por algún tiempo, oscurecer las tres luces que alumbraban el paso del hombre por la naturaleza. Lo que habían logrado la religión, la filosofía y el arte, era convertir al hombre en un atemperador de la naturaleza y en un vivificador de la historia. Al prescindir de ellas, se produjo tal desorden en la relación del hombre con el misterio, tal confusión en la relación del hombre con los objetos naturales, y tal inseguridad en la relación del hombre con la historia, que el porvenir humano se vió profundamente comprometido.

Pero la rectificación está a la vuelta de la esquina. La religión ha logrado restablecer su an-

terior prestigio de disciplina central de la conducta humana. La filosofía ha empezado a liquidar sistemáticamente sus nexos con la materia y ha vuelto a enfrentarse con la problemática del devenir. La matemática empieza a hacerle el amor a la poesía y la biología busca la sombra que camina antes del cuerpo. Solo el arte parece aún, un poco confundido.

Más como aquí, de arte se trata, veamos cual es la contrariedad que se alega, ha desarrollado el hombre de acción de nuestro tiempo con el arte. No se puede aceptar, como generalmente se aceptaba, que se trata de un peculiar dinamismo humano, frente a un estaticismo orgánico de los objetos culturales, que mientras las artes no se resignen a convertirse en formas aerodinámicas, chocarán irremisiblemente con la rítmica vital del hombre moderno. Tal exposición de la problemática artística es totalmente falsa.

Los filósofos más confiables nos han informado, que el arte es una forma viva, tan fugaz y transitoria, tan movable y transeúnte, como todo lo creado. Los cielos se mueven, y sin embargo, son eternos. Lo que nos ocurre es que no podemos penetrar en esta interioridad del movimiento que se eterniza, a menos que nos resignemos a un paciente mirar y a un hondo cavilar. Lo

mismo sucede con el arte. El arte es la penetración del genio humano ~~en~~ el interior de una realidad, con el fin de dotarla de las alas que necesitan las formas interiores de la realidad, en su vuelo hacia la eternidad. El objeto artístico nos parece inmóvil porque nosotros hemos alterado nuestro paso cerca de las cosas, en tal forma, que ya no logramos el dominio de la vida sensorial y el dominio de la vida empírica, que logró el hombre anterior a nosotros. Y el arte es naturaleza, aunque sea en forma de naturaleza tocada por la mano del hombre, o en forma druidica, y es historia, aunque se trate de la biografía del subconsciente.

El verdadero conflicto entre el llamado hombre de acción y el arte, es que el arte nos obliga a detener el paso y a darle parte de nuestra movilidad a cuantos objetos artísticos contemplamos, mientras que la rítmica vital del hombre de acción, no le permite detenerse ante nada. La tesis de que esencialmente formábamos parte de la naturaleza, que logró imponer la ciencia moderna, ha alterado profundamente la concepción rítmica del tiempo en el hombre, ya que ha pretendido equiparar el movimiento humano al movimiento natural. Presumiendo en el hom-

bre una agilidad que éste no posee, la técnica, poco a poco, ha trasladado al espacio humano una serie de objetos naturales que no guardan proporción con la destreza del hombre para moverse entre ellos. La angustia contemporánea es una angustia poblada de objetos naturales, a través de los cuales, el hombre camina dando traspiés, en plan de fuga, sin atreverse a pedirle razón a las cosas. Pero el arte es uno de los objetos culturales que nacen para ser contemplados. Fuera de la contemplación, el arte se convierte en una realidad externa más, desprovista de todo sentido. Lo que nos hace penetrar en la interioridad de la realidad artística, es la contemplación.

Sin embargo, si le preguntáramos al primer hombre que cruza por nuestro lado, si el hombre debe ser contemplativo, nos contestaría sin vacilar: la contemplación es un lujo de beatería. Ciertamente, que buscar la imagen de Dios en la contemplación de todo lo creado, fué una actitud mística, o una reserva agónica de los poetas de la naturaleza, ante lo mundano natural. Pero anterior a su concepto histórico, la contemplación fué una actitud de comunión humana ante el rito, un compartir del templus, un saberse acompañado ante el misterio. De lo cual resul-

ta, que hay algo en la contemplación, que exige una reunión humana en torno a un mismo objeto, una necesidad de descubrir una compañía medio escondida en el fondo de las cosas, que nos obliga a desprendernos de nuestras percepciones habituales de la convivencia superficial, en esa especie de remisión de todo lo sensorial primario, que los místicos denominaron el estado de gracia, y que nosotros, con un poco más de prudencia, podríamos denominar el estado de pureza. La contemplación, lo mismo en su raíz mística que ^{en en} /su/ raíz profana, es una conjunción de inspiraciones, que se complementan las unas con las otras, aunque no pasen de dos, la del artista, presente en su obra de arte y la del hombre contemplativo, frente a la realidad artística.

De manera que, nuestro orgánico prejuicio, que la contemplación exige vida contemplativa, en su concepción religiosa, renuncia a la vida corriente que viven los demás seres humanos, se ha convertido en la nueva glosa filosófica de nuestro tiempo, en vida detenida, en el aprecio momentáneo, que por la realidad interior de las cosas, somos capaces de experimentar en cualquier momento. Esto llena el porvenir de los artistas de un esplendor inusitado, puesto que la

contemplación no exige conocimiento del objeto contemplado, sino curiosidad, -urgencia de un interés-, lo llama Ortega y Gasset, algo que lo- gre detenernos frente a la realidad artística. Se trata de un proceso comunicativo, aunque profundamente individualizado, donde cada cual resulta dueño de su propia contemplación, una contemplación que está dispuesto a compartirla con otro.

Tal vez sería interesante exhibir una pintura en plena vía pública y fotografiar las personas que se detuvieran a contemplarlo. Cada una de ellas, demostraría una distinta manera contemplativa, que iría, desde el pánico de la habitualidad interrumpida, hasta el embeleso; muchas de ellas, pasarían temerosas de mirarla; otras, protestarían indignadas ante aquella interrupción que las obligaría a desprenderse, aunque fuera momentáneamente, de la realidad acromática que habían hilado sus sentidos, para no tener que detenerse a diferenciar unas cosas de otras; algunas se cuadrarían ante ella, con esa cara ingenua que tiene el bobo de feria, capaz de sonreír al más leve re- tozo de un ángel.

Pronto, tendremos que obligar al arte a mudarse de sitio, a situarse frente a las gentes, con esa picardía dislocada que luce el trapecista, dispuesto a probar que los cuerpos también pueden andar por el aire. Entonces obligaríamos a la estética a dejar su preceptiva dogmática y a convertirse en un arte sugestivo, más cerca del hombre que de las abstracciones.

Ahora bien, puesto que la contemplación no es un ejercicio ascético frente a lo mundano natural, ni es ese goce de soledad, que nos permite recomponer la realidad de las cosas aparentes, al gusto de nuestro ocio, si la contemplación, por el contrario, necesita de un interés humano que logre detener al hombre en una actitud contemplativa frente al objeto artístico, tenemos que empezar por ajustar nuestros caducos criterios sobre los estímulos, sobre los objetivos educacionales, sobre las divulgaciones de lo bello, para crear los verdaderos intereses urgentes, que subyacen en la provocación de los modelos artísticos.

Lo primero, es darnos cuenta, que no hay posible forma de separar el interés artístico, en un interés popular, accesible a grandes masas y en un interés pu-

ro, accesible a círculos selectos. Filosóficamente considerado, el arte es una imagen del universo, reproducida con el fin de brindarle al ser humano, una clave de la relación del hombre con las cosas que lo rodean. Por eso su tendencia es a convertirse en una experiencia simbólica del ser, en una realidad aparte de la realidad habitual de las cosas. En la misma forma que no podríamos concebir una religión que diferenciara entre un hombre y otro, y una filosofía que no tendiera a la unidad de la verdad, no podríamos concebir un arte que distinguiera entre una categoría humana y otra.

El error lo ha provocado, creer, que el arte forma parte del conocimiento, cuando en realidad de verdad, de lo que forma parte es de la intuición, de esa verdad anticipada que se apodera de nosotros, antes de que podamos reflexionarla. La razón por la cual la intuición actúa mejor en la valoración artística que el conocimiento, es porque la intuición actúa siempre más rápidamente que el conocimiento, en la aprehensión de esa movilidad inexpressada que contiene el objeto artístico. Siguiendo el intento orte-

guiano, de separar la raíz mística de la raíz profana en la contemplación, para ensanchar su horizonte humano, tal vez podríamos decir, que la intuición resulta más útil en el desarrollo del mínimo de "interés urgente" que necesita el contemplador para detenerse.

Para restituirle al arte toda su utilidad como elemento formativo de una actitud humana más dispuesta a extraer del fondo de las cosas las esencias del ser, no tenemos más remedio que partir del principio inalterable, que todo hombre, tiene una bastante amplia capacidad de aprehensión artística, no importa lo limitada que resulte su concepción racional del fenómeno artístico.

Como se ve, el arte no resulta tan privilegio de la alta educación como generalmente se creía. Cualquiera diversificación de los intereses humanos que funcionan en el complejo artístico, siguiendo una ideativa social, o un romanticismo de masas, o un aprovechamiento utilitario de la barbarie aparente del ser humano, se topará siempre con una reducción de la posibilidad artística. Esto se comprende mejor cuando se examinan los efectos del arte vulgar en el contemplador.

El arte vulgar produce en el hombre una holgazanería de los sentidos parecida al ocio animal. Deja al hombre errático e insatisfecho, profundamente dormido entre las imágenes cortas de la naturaleza, sin apetencia para la experiencia sensible, sin ningún estímulo para sus mejores intuiciones. El hombre se conforma con mirar el objeto artístico vulgar en la misma forma que miraría cualquiera otra forma natural intocada. Como la tendencia normal del hombre es a separarse de la naturalidad, tarde o temprano, el aprecio sensual temporal que desarrolla ante la imagen del arte vulgar, se torna en un profundo menosprecio, tanto del objeto contemplado, como de la idea enunciada por medio del objeto contemplado. Si alguna vez su intuición logra penetrar en el interior de la realidad que le ofrece el arte vulgar, lo que descubre en torno suyo, es el vacío.

Ni la religión, ni la filosofía, ni el arte pueden dejar despoblado el vacío que el hombre siente, cuando se ve obligado a caminar solamente entre los objetos naturales. La gran misión religiosa ha consistido en poblar el vacío que el hombre siente

desde su cabeza hacia arriba. Hasta hace poco, la filosofía y el arte habían puesto sus mejores empeños, en poblar el vacío que el hombre siente desde su cabeza hacia abajo. Los que creen que el hombre no tiene capacidad emotiva o intelectual para enfrentarse con el arte, sin darse cuenta, están reduciendo a un mínimo, las posibilidades humanas de la redención. En la misma manera que la religión y la filosofía han nivelado las categorías humanas, tiene que hacerlo el arte. Por eso entiendo, que el porvenir del arte, descansa, en parte, en la igualdad en la oportunidad contemplativa que podamos crear para todos los hombres.

Los centros artísticos tendrán que hacer lo mismo que los templos religiosos, mantener sus puertas abiertas a todos los hombres, y cuando estos se olviden de penetrar en ellos, salir en peregrinaje a exponer todos sus símbolos, a obligar a los hombres a detenerse y a entrar en contemplación. Esta ampliación del espacio contemplativo, requiere a su vez, una revaloración de los criterios que prevalecen en algunas artes demasiadas cerradas en su forma, en

la cual la abstracción matemática predomina sobre la proporción humana, y el modelo artístico se concibe como algo que no tiene por qué guardar relación con el hombre. Además el peregrinaje exige que otra vez vuelva a explicarse, como si nunca se hubiera entendido, lo que representa el arte para el plan de salvación del hombre.

Todavía no hay tiempo para diagnosticar como afectará el espíritu, esta extrema movilidad de las imágenes artísticas que han creado las nuevas técnicas sociales de la comunicación. Hasta ahora la aprehensión artística era el fenómeno de un objeto artístico en reposo, al cual ponía en movimiento el intuitivo. Ahora son dos ^{los} movimientos que chocan incesantemente en el fondo de una soledad común. ¿Habrá vuelto a tenderse de nuevo el velo de Maya sobre la angustia del hombre? ¿Habrán entrado todas las cosas en vértigo para lograr un quietismo humano? ¿Quién sabe? Como ésto pueda afectar el interés humano que necesita desarrollar el contemplativo frente al objeto contemplado, es una de las preguntas que tendremos que formularle a la esfinge.

A lo mejor estamos de regreso a la tragedia y todo el porvenir del arte será esencialmente trágico,

que es lo mismo que decir esencialmente humano. Porque la gran moral que tiene la tragedia para la historia artística del hombre, fué demostrar, que de todo lo creado, lo que siempre está en riesgo perpetuo de destrucción, es el hombre. El deber contemporáneo de la religión, de la filosofía, del arte es luchar, todo lo que necesario sea, porque el hombre encuentre siempre accesible a su angustia, el espacio celeste.

.....

Hermosa tarde ésta en que todo parece ideado con el fin de brindarnos una repuesta categórica a las interrogaciones delirantes de nuestra soledad. Hemos aquí en plena naturaleza, pero una naturaleza en vuelo ascensional hacia ideales humanos. Cerca de nosotros percibimos la presencia histórica de una gran ciudad, un gran ciudad largamente trabajada por castellanos, astures, catalanes, vascos, alemanes, franceses, italianos, ingleses. De la mezcla amorosa de estas razas y sub-razas ha nacido el ponceño nuestro, este ponceñismo que tan buena cuenta de su saber ser histórico, ha dado a la libertad, al carácter, al quehacer de nuestro pueblo.

Basta que esa ciudad se llame Ponce para que resuenen por el ámbito celeste los nombres de Juan

Morel Campos, Manuel Gregorio Tavaréz, Juan Ríos Ovalle, los que intuyeron la primera singularidad artística que nos define como pueblo y nos eterniza como núcleo sensible, esta danza puertorriqueña, que nos ha servido de todo, de himno, de imagen de nuestro movimiento, de penacho de nuestra sentimentalidad, de responso; para que resuene el eco de la voz de oro de Antonio Paoli que una vez se disputaron los príncipes más poderosos de la tierra; para que sintamos cerca de nosotros la figura pródiga de nuestra gran Elisa Tavaréz, vida pulcra e infatigable en esto de no dejar morir la mejor tradición musical de nuestra tierra.

Natural es que las palabras suenen temblorosas, como si todavía estuvieran saliendo del arcano, que la música desate por esta atmósfera transparente la vieja melodía del arpa de David, que la danza vuelva a resurgir de su antiguo rito. Por esta tarde tan hermosa, muchas gracias Ponce; muchas gracias, mi querido Andrés.

